

Uno cincuenta y cinco

Soy o estoy – una de las dos. En un cuerpo habitado por momentos. De a ratos soy yo, Maru, argentina, porteña, demasiado honesta, bocona, con la lengua que se suelta y dice cosas que... mejor ni te digo. Mi cara te lo dice todo. Soy Maru o estoy Maru, una de las dos.

Soy María, porque Eugenia les cuesta articularlo – o lo dicen a su manera, y soy Gina de golpe. Me resulta simpático, pero no sé si para todos los días. Soy italiana – sí, por mis abuelos. El nonno y la nonna, del sur de Italia, de la provincia de Cosenza, región de Calabria. Soy menos aterradora en este cuerpo – europea, cercana, legal. Gina, si te gusta. María. El primer nombre.

Soy el acento yanqui – americano. Soy americana, del sur. Soy Eugenia, latina, con el pelo castaño – no, no me digas que es negro, porque es marrón. Los ojos también, castaños. Oscuros. Vas a decirme que sabés decir *hola*, y después tal vez me agregás que vamos a la playa, a ver si me río. Te sonrío por reacción espontánea, pero no sé qué contestarte. ¿Es igual al español de España? No, no es igual, preguntale a mi hermana que vive en Barcelona. Es la lluvia y el yuyo con ruido porque así hablamos, con otros sonidos, con *vos*, y con *ustedes*, con nuestro castellano joven. Castellano le decimos, no español. Me duele el índice, pero escribo la ñ cuando tipeo en el celular. Mañana es, no manana. Aprieto hasta que aparece la línea sobre la n y me siento mejor.

De a ratos soy mamá, me tiran del brazo. Dame esto, *please, please, please*, por favor. Más dulce de leche quiero, mamá. ¡¡¡Más!!! En el *bagel*. ¡Mamáaaa! Nunca *mom*, ni *mum*, *mummy* tampoco. Les doy la mano para cruzar la calle. Los miro crecer. Los abrazo, y me pregunto hasta cuándo me van a dejar que los estruje así. Acá no puedo abrazar a mucha gente más. No nos tocamos mucho, somos cuerpos más aislados, con miedo a acercarnos demasiado y ver a la gente por lo que es más de cerca: una persona con historia, con sueños, con problemas, con familia, con una pluralidad que ni ella misma puede entender. Ojos que hablan. Si te abrazo siento tu cuerpo pero también tus emociones, tu pelo recién lavado porque saliste corriendo, el mate que acabas de tomar para no sentirte tan lejos. Te veo de cerca, te entiendo mejor.

Soy la hija que vive afuera, que querían que viajara pero que querían tener cerca. Soy profesora, pero también soy teatro, libros, música. Soy todos los trabajos que jamás imaginé que iba a tener. Soy las conversaciones que me hicieron sonreír, las preguntas sobre dónde ir de vacaciones con sólo diez días para recorrer Argentina, las caras de sorpresa porque no sé bailar tango. Soy los dolores de panza cuando nace un sobrino y no lo puedo tener a upa por Skype, los cumpleaños cantando feliz cumple por teléfono, los regalos que llegan por correo, la ficción de estar entera cuando mi historia está escrita en varios lugares al mismo tiempo. La escribo y la reescribo, en un solo cuerpo.

Soy, soy, soy. En apenas un metro y cincuenta y pico de centímetros. Cincuenta y cinco, seis, siete, ya ni me acuerdo. Creo que mi hermana mide uno cincuenta y...cinco. Y yo siete. O mi otra hermana era. No sé. Lo debo tener marcado en el pasaporte, me voy a fijar. Cincuenta y cinco – no lo puedo creer. Soy chiquita nomás. Me creo más grande porque voy avanzando en edad, debe ser eso. Un año más afuera. Mis hermanas también crecen, pero son más jóvenes que yo, cada una con su cuerpo con diferentes momentos, personas, recuerdos. Cada una en un país diferente. Y mi hermano en Argentina. Me duele el cuerpo cuando lo pienso.

Ahora estoy acá, y soy yo, este cuerpo con historia, fuerte, complicado, delicado, en un camino, o varios.

Para Revista La Tundra, septiembre 2019